

ISABEL Ó EL PUÑAL DE PLATA

Una de las mayores desgracias que á una nación cualquiera puede sobrevenirle es la de que se ponga en moda literaria. Y esta desgracia le está cayendo, no sé en expiación de qué culpas, á España. Desde hace algún tiempo verbenean, que es una desolación, los libros escritos en el extranjero, en la «docta» (!!!) Europa, sobre nuestra España. Unos son impresiones de viaje, otros estudios sociólogos—y éstos los más terribles, porque nada hay tan desecante como ese galimatías de vulgaridades á que se da el pomposo nombre de ciencia (!!!) sociológica—y otros, en fin, novelas y hasta poemas. Han caído sobre nuestra leyenda, ó mejor sobre nuestras múltiples leyendas, con frecuencia contradictorias las unas de las otras, toda casta de literatos impotentes á la husma de lo exótico. ¡Y qué de cosas se escriben, cielos santos! Voltaire puso en moda á los chinos, Montesquieu á los persas, Chateaubriand á los nachez y no sé quiénes nos están poniendo en moda á los españoles. Y ponerlo á uno en moda, es querer ponerle en ridículo. Menos mal que nos reímos

de ellos más aun que ellos puedan reirse de nosotros.

Mas entre los engendros ultrapirenaicos, á costa de nuestro pueblo, dudo que se haya podido producir otro más deliciosamente disparatado que el que acaba de perpetrar un tal Pascal Forthuny bajo el título de «Isabel ou le poignard d'argent», novelucha truculenta, donde hay muertes repentinas, incendios, asesinatos, jesuítas y conventos. Un verdadero modelo en su género.

El apellido Forthuny, á pesar de la hache que á la te se sigue, es un apellido genuinamente catalán, y el nombre Pascal, ó Pascual, también tiene mucho de ello. Además, el libro va dedicado á un Domingo Solé, que sin duda será quien más le haya sugerido al autor los cien mil desatinos de que ha llenado su librejo. Pero aunque catalán al parecer, en realidad el Forthuny es francés, y muy francés, aunque no en lo bueno, sino más bien en lo malo. Ha estado en España, no cabe duda, y en esta pecadora Salamanca, donde pone el escenario de su novelucha, y ha aprendido algunas palabras españolas conque empedra su prosa francesa, sin traducirlas ni subrayarlas, ó más bien «cursivearlas». Así vemos que sabe lo que quieren decir alcarraza, conserjería, peluquería, paseo, ventana, corral, aguardiente, feria, corrida, criada, navaja, etc., etc., aunque ignore que en español no se dice ni Guilhem de Castro, ni Teresa, ni otras cosas por el estilo. Aunque la verdad es que á un «artista» del fuste de Forthuny (Pascal) no se le pueden exigir conocimientos lin-

güísticos. Le es muy lícito, pues, presentarnos á su héroe, el salmantino Lorenzo Sánchez, premiado por un trabajo de comparación entre los idiomas vasco, bretón y céltico, y un diccionario de las raíces comunes á los «tres» idiomas. Si se tratara de un lingüista habría que echarle al corral—es una de las palabras españolas que el autor conoce—por ignorar que el bretón es una rama de los idiomas célticos y que hablar del celta como de un idioma distinto del bretón es hablar del indo-europeo como distinto del alemán ó de la lengua romántica como distinta del italiano, del español ó del provenzal, y lengua por sí. Y en cuanto á esa misteriosa comunidad de raíces que Pascal Forthuny, y no Lorenzo Sánchez, ha descubierto entre el vascuence y el bretón, obra es tal descubrimiento, no ya moderno, de un razonamiento que no tiene vuelta de hoja. Cual es éste: En Francia no se hablan sino dos idiomas que no sean de origen latino, dos solos idiomas de que un francés que no sea de los países en que se hablan no logre entender ni palabra apenas, y son el bretón y el vascuence, «ergo» el bretón y el vascuence son hermanos. ¿Cómo van á poder diferenciarse profundamente dos cosas que yo no diferencio porque no las entiendo? ¿Cómo van á poder hablarse en Francia dos lenguas igualmente ininteligibles para un francés puro, sin que sean en el fondo la misma lengua? Fuera de mí no hay sino la confusión.

Y no vaya á creerse el lector que esta consideración sobre el fantástico parentesco entre el bretón y el vascuence sea algo episódico y digresivo

aquí, ¡no! En este detalle se denuncia la psicología toda del autor, cuya incapacidad no ya para sentir, pero ni aun para comprender el alma española es notoria. Para el señor Forthuny no hay más vida, ni más progreso, ni más cultura, ni más alegría, ni más porvenir que el suyo, el que cree ser el de su pueblo; todo lo demás es muerte, inmovilidad, atraso, tristeza y tradición. No se le ha pasado siquiera por la mollera que pueda haber otro desarrollo de vida, es decir, otra vida que la suya. El potro está condenado á muerte, á inmovilidad y á vegetar en la memoria del pasado, porque va derecho á hacerse caballo en vez de ir, como debiera, á hacerse toro; por lo menos, así piensa el ternero.

La acción de «Isabel ó el puñal de plata» transcurre, como os decía, en esta pecadora Salamanca en que habito y vivo y trabajo hace ya veinte años y á la que no conocía hasta que el señor Forthuny ha venido á descubrirmela. Trascurre en esta Salamanca «madre de las virtudes, de las ciencias y de las artes», repite el autor, en esta Salamanca, que si hiciera caso á los Lorenzo Sánchez, ó sea á los Forthunys, «podría constituir acaso un día en el cuerpo español, con la Barcelona del este, las dos meninges de inteligencia y de progreso á que todos los otros miembros obedecieran». Gracias, señor Forthuny, gracias, muchas gracias en nombre de Salamanca, pero... no merecemos tanto. Y no es modestia.

El señor Forthuny ha estado en Salamanca y por ciertos detalles se deduce que en época de fe-

rias, de fines de Agosto á mediados de Setiembre, en época en que yo no estoy aquí. Os juro que no le conozco y os juro también que si hubiese estado conmigo se habría tal vez ahorrado los disparates de su libro, es decir, se habría ahorrado el libro. Pero... ¡quí! ¿venir á España y no escribir un libro sobre ella? y un libro conforme á la idea preconcebida que de España se tenía, por supuesto, ya que sólo se vino á corroborar esa idea, cerrando los ojos á cuanto no lo confirme. Es decir, cerrándolos no, antes más bien no viendo aún con ojos abiertos.

El señor Forthuny estuvo en Salamanca, en efecto, y tomó ciertos datos y noticias en su «carnet» de viaje. Sabe que el tren de Medina llega á las 4,33 de la mañana, aunque esta hora pueden cambiarla antes que publique la segunda edición de su novelita; sabe que hay un hotel del Pasaje, una señora rica y soltera á la que se le conoce por el nombre de la Pollita de Oro, un diario que se llama *El Adelanto*, de cuyo sentido se informó bastante bien, una calle del Doctor Riesco; el señor Forthuny sabe respecto á Salamanca bastantes detalles que también sabemos su vecinos y moradores, pero sabe también otras varias cosas que ignoramos, como que Alfonso Rodríguez—supongo será el P. Alonso Rodríguez, jesuita y uno de los primeros prosistas de nuestro siglo clásico—fué jefe de la universidad; que fray Luis de León—¡y este sí que es descubrimiento!—fué fundador de ella, que son frailes los colegiales del colegio de Irlandeses, que la iglesia de San Esteban tiene

torres, que los dominicos andan descalzos, que la catedral vieja tiene criptas, que hay aquí una giralda... etc., etc. Pero estas son menudencias. Puede el visitante de un pueblo equivocarse en cien detalles y cojer el alma del pueblo, así como un libro de historia cabe sea una gran mentira siendo verdaderos sus datos todos y ser una gran verdad plagada de inexactitudes de detalles. Y en esto de haber sorprendido el alma de Salamanca sí que es portentoso Forthuny.

En este libro que lleva por subtítulo «La tragedia de las dos Españas», había que escojer la ciudad española más trágica y más atrasada, la más reaccionaria, la más levítica. Y es claro, en toda España «ciudadela arcaica de los prejuicios, de los engeguécimientos, de los enervamientos, de los entorpecimientos, de las incuriosidades, trinchera de las fes que han muerto, último baluarte en que se obstinan en no conocer nada del mundo exterior, pueblo nacido demasiado tarde en un siglo demasiado joven», en una España tal, la ciudad muerta por excelencia tenía que ser Salamanca. Isabel le dijo al autor que no creía, fuera de los malditos catalanes, en la sinceridad de un español que invoque los tiempos nuevos. ¡Esto de tiempos nuevos tiene la mar de gracia! La pobre Isabel, la del puñal de plata, la que después de matar con él á su amante, nadie sabe por qué y menos que nadie el señor Forthuny, se mete monja en Alba de Tormes, la pobre Isabel no había salido nunca de Salamanca, que si hubiese salido de ella, habría visto que cualquier otra ciudad españo-

la es mucho más levítica y más reaccionaria y más presa de eso que Forthuny entiende por pasado que ésta su ciudad natal, y desde luego muchísimo más que ella cualquier ciudad catalana.

Al bueno de Forthuny le tomaron aquí de primo y se quedaron con él dándole la castaña. (Tres giros que á pesar de sus conocimientos en castellano de seguro no entiende). Y es que se fió, sin duda, de algún viajante ó comisionista catalán que resultó ser su compañero de posada. Y ese comisionista le hizo creer que en las librerías de Salamanca sólo se vende lo que los jesuitas quieren, cuando se vende hasta las obras de otros Forthuny; que los nobles irlandeses, unos pacíficos estudiantes que con nadie se meten, ocupándose sólo en seguir sus estudios, pasear y jugar al «football», intrigan para comprar librerías (!!!); que los jesuitas—¡oh, el coco! ¡el coco!—compran á desdichados para que asesinen á otros; que un guardia civil se mete en una taberna á echar unas copas—en Francia se ve alguna vez soldados borrachos, en España ¡jamás!;—que al que manifiesta aquí ideas racionalistas se le aisla y huye la gente de él como de un apestado; que la mayoría de los obreros de esta ciudad comulgan todos los años y precisamente el 25 de Diciembre; que... ¡Le hizo creer tantas cosas! Y en Salamanca, precisamente en Salamanca, en esta Salamanca que creo conocer algo por habitar, vivir y trabajar en ella hace veinte años, y que es una de las ciudades de espíritu más abierto, de mayor tolerancia para todas las ideas, una de las ciudades de España en que

más se lee y de todo, una ciudad en que desde hace tiempo, desde los tiempos del cantón, la mayoría es republicana. Esto último lo sabe Fortunny, se lo dijo el comisionista, su lazarillo, pero le dijo también que el ejército, la guardia (¿cuál?), la iglesia, la mujer, la tradición, la pereza neutralizan el número y que si «esta banda de imbéciles»— así llama Lorenzo á los republicanos salmantinos— no estuvieran desunidos, hace tiempo que se habría visto algo nada menos que en la Península. ¡Aquí de la meninge aquélla!

¿El argumento de Isabel? ¿Para qué os he de contar ese argumento? No le tiene. Todos aquellos horrores melodramáticos, jesuítas que compran un asesino, un dominico «descalzo» (!!) que en plena iglesia denuncia por su nombre á Lorenzo Sánchez—, cosa absolutamente inverosímil, y más tratándose de los dominicos de Salamanca— muertes repentinas, asesinatos, noches de pasión en que—prepárense á oír un delicioso galimatías— los amantes «quedaban suspendidos en medio del infinito, desencarnados, reencarnados en el éter imponderable del maravilloso himen»—¿qué tal?— todo eso no es argumento. Todo es, en el fondo, tenebroso y secreto como aquellos caminos «secretos» también, que en el templo dominicano de San Esteban, llevan por galerías del claustro al coro, y cuyo secreto conoce aquí todo el mundo.

Y todos estos males que nos asedian, y de cuya existencia ni nos habíamos dado cuenta, ¿por qué los tenemos así encima? Por obstinarnos en seguir siendo españoles; ni más ni menos. Si España ve-

geta aparte, «la pobre y magnífica España, enteramente desnuda, apartada por sus amos del maravilloso banquete de ideas en que los pueblos aseguran, en una porfía de emulación, el renacimiento de su genio»; si España es y será «el convento inaccesible donde unas viejas, en la sombra, implorando á Dios, hacen abortos»; si España no tiene porvenir es porque en Arapiles, en vez de derrotar lord Wéllington á Marmont, no derrotó Marmont á lord Wéllington. Los Arapiles figuran también en esta novela; en el que fué campo de batalla, tiene lugar una entrevista nocturna entre Isabel y Lorenzo, entre las dos Españas. Qué profundo simbolismo, no sé si desencarnado ó reencarnado y si suspenso en medio del infinito, en el éter imponderable del maravilloso himen!

Esta pobre y «magnífica»—¿á qué conduce juntar estos dos epítetos?—España está perdida, irremisiblemente perdida, «es un cuerpo sin pensamiento», está muerta, «est morte, bien morte», si no se echa en brazos de los republicanos y de los catalanes. Tal es la moraleja. Los republicanos y los catalanes son los que saben admirar á Francia y tomarla por modelo; ellos son los verdaderos patriotas. El pobre Lorenzo Sánchez, víctima del puñal de plata de Isabel, su amante, sufría en esta España de las pelotas vascas, de los «banderillos» (¡sic!) y de las bebidas frescas, ¡horror! ¿Cómo vamos á tener porvenir, cómo vamos á entrar en el concierto de las naciones cultas, con Francia á la cabeza, si nos enteramos en seguir jugando á la pelota y en beber refrescos, «des boissons

fraiches», en vez de ajeno, cuando hace calor.

Oíidle á Lorenzo Sánchez, es decir, oíd á Forthuny, ó mejor dicho, oíd al comisionista, probablemente catalán y republicano, que sirvió aquí de lazarrillo ciego al autor de «Isabel»; oíidle:

«Es en Francia, es en Inglaterra, donde he sabido que era un buen español. He visto el mundo, verdad, y vosotros habéis vivido bajo las torres de la catedral nueva. Os lo juro por Dios, soy más castellano que vosotros. Porque conozco la sonrisa socarrona—«le sourire narquois»—de los otros, de los extranjeros cuando hablan de España; porque he oído cómo se burlaban de nuestra patria de guitarras, de seguidillas y de toreros, por esto es por lo que sueño en una resurrección de nuestra vieja raza española...»

¡La sonrisa burlona!—«¡le sourire narquois!»— ¡Pobre Lorenzo! Pero yo le aseguro á Lorenzo, ó á Forthuny, ó á su lazarrillo, que ahora que empezamos á conocer mejor á Europa, empezamos también á reirnos de ella, y que acabaremos riéndonos, no con la sonrisa burlona de Voltaire, sino con la terrible risa de Cervantes. El pobre Lorenzo Sánchez, llevando clavada en el corazón como un puñal, aunque no de plata, como el de su amante, esa sonrisa burlona, miraba al puente de hierro de la Salud, «por donde se va á otros países».

Fíjense bien en esto, en un puente de hierro de un ferrocarril por donde se va á otros países. ¡Y por ese puente de la Salud se va ante todo al extranjero, y hoy República de Portugal, á Oporto, á Lisboa, donde se puede tomar un barco de vapor

que le lleve á uno á Londres, á Hamburgo, á Nápoles, á Buenos Aires, á Nueva York, al Havre y de allí á París ó á Babia! Sí, por ese puente puede ir uno á celebrar una entrevista con Pascual Forthuny, descubridor de la tragedia de las dos Españas que se representa en esta muerta ciudad de Salamanca, que podría llegar á ser, con Barcelona en el este, una de las dos meninges de inteligencia y de progreso á que todos los otros miembros obedecieran. ¿Y si luego suspendiésemos esa meninge en medio del infinito, en el éter imponderable del maravilloso himen?

La que llamaremos novela acaba con una visita de los reyes á Salamanca y una aclamación popular en la Plaza Mayor. Y entonces, hasta Hernández, catedrático de francés y de historia y uno de los progresistas afectos á Lorenzo—por algo era catedrático de francés—grita: «¡Viva el rey! ¡Viva Carlos Quinto! ¡Viva Felipe Tercero! ¡Viva María Cristina! ¡Viva Alfonso Trece! ¡Viva el Escorial! ¡Viva España! ¡Viva el rey!» Lo que faltaba allí era alguien que gritara: «¡Viva la meninge! ¡viva el éter imponderable! ¡viva el himen maravilloso! ¡viva Marmont!».

Acabemos. Al frente de este libro, y como dignísimo pórtico de él, aparecen retraducidas al francés unas palabras de Salmerón, en que este funestísimo repúblico calumnió una vez más á su patria diciendo que es hostil al progreso—¿á qué progreso?—palabras que recuerdan las de aquel triste discurso que dejó caer en el Congreso el día 9 de Junio de 1902 y en que pedía que nos

pongamos á la cola y al servicio de Francia, contentándonos con que nos dé, «no lo que constituye un hueso, que no tenemos ya ni dientes para roer, sino algo en lo cual la carga se compense con el beneficio», y recordaba, con la oportunidad que lo distinguió siempre, la expulsión de los moriscos.

De «Isabel ó el puñal de plata» no hay sino tomarlo á chacota y reirse con algo más que sonrisa burlona entre sorbo y sorbo de esos refrescos que nos tienen tan á mal; pero de discursos como aquel incalificable que el 9 de Junio de 1902 pronunció el que de seguro ha sido el patriota español modelo según los Forthunys, de éstos no cabe reirse. Si oímos con calma tales cosas en casa, ¿qué no dirán fuera de nosotros? Y esto, lo que digan, es lo que menos debe importarnos. Hay algo peor.

LA CIUDAD Y LA PATRIA

Otra vez he de apoyarme en hechos históricos leídos en la *Historia Constitucional de Venezuela*, del señor Gil Fortoul. Leyéndola tomó forma concreta en mi mente, saliendo de la nebulosa en que se revolvía por concretarse y aclararse, una suposición respecto á un problema político que ha tenido que preocupar á cuantos hayan meditado en las vicisitudes del desarrollo político de las naciones hispanoamericanas. ¿Por qué las repúblicas americanas de lengua española son hoy—con Panamá y Cuba—diez y ocho y no diez y seis ó veinte? En pocos años, muy pocos, se formaron diez y seis naciones. ¿Y por qué no más?

La historia nos explica cómo la Banda Oriental del Uruguay se hizo una nación independiente y no se hizo tal Entre Ríos; pero la historia no nos pone muy en claro la razón íntima de eso. Un carlyliano, uno que rinda culto á los héroes, podrá explicarlo por la superioridad de tal caudillo sobre tal otro, y asegurar que el Uruguay fué obra de Artigas y el Paraguay del doctor R. Francia; pero siempre habrá muchas gentes que no se satisfarán

con tal explicación. Otros acudirán á razones de geografía, de clima y suelo, pero tampoco tales razones convencen siempre. Soy de los que rinden más sincero homenaje de admiración y simpatía al talento brillante y á la imaginación cálida y á la par fresca—dos cosas que en la imaginación no se excluyen—del gran poeta Zorrilla de San Martín; pero no me pueden convencer aquellos ingeniosos y patrióticos esfuerzos que hizo en su discurso al inaugurarse la estatua ecuestre del general Lavalleja, para demostrarnos que el Uruguay tiene que ser una nación independiente con la voluntad, sin la voluntad y hasta contra la voluntad de los orientales, por ser una patria subtropical y atlántica.

Hoy, después de más de tres cuartos de siglo que las naciones hispanoamericanas están, en su mayoría, constituidas, la historia ha creado en ellas tradiciones haciéndolas patrias, pero siempre queda en pie para la mayor parte de ellas el problema sociológico y político del origen de su constitución. Y no creo que ayude á resolverlo del todo el remontarnos á la constitución de las colonias.

Claro está que tanto la acción de los caudillos, y el que unos fuesen más fuertes que otros, como la geografía y otras, explican en parte el hecho, pero siempre queda margen para otras explicaciones. Y la lectura del primer tomo de la *Historia Constitucional de Venezuela*, del señor Gil Fortoul, me ha hecho fijarme en un factor al que de ordinario no se le da todo el relieve que á mi juicio merece.

La gran Colombia que formó Bolívar el Liber-

tador se dividió, ya en su vida, en la actual Colombia, Venezuela, el Ecuador y aun Bolivia, así como más tarde se deshizo la confederación peruboliviana de Santa Cruz. El señor Gil Fortoul nos cuenta cómo Páez, el llanero venezolano, no se formaba idea exacta de la «patria grande», preocupándose ante todo de los asuntos caseros de su «patriecita»—como decía Soubllette—de los llanos de Barinas y Apure. Lo mismo les pasaba á no pocos de los caudillos argentinos.

Y eso es enteramente natural. El sentimiento de patria, de patria grande, de patria histórica, con una bandera y una historia común y una representación ante las demás patrias, siendo por ellas reconocida como tal, es un sentimiento de origen ciudadano. Nace, y si no nace, se robustece en las ciudades. El campo no engendra sino sentimientos regionales, de agrupación informe. El federalismo es rural en su origen, ó si no rural enteramente, producto de pequeñas villas, de burgos reducidos; el unitarismo nace en las grandes metrópolis.

Aun hay más, y es que, contra un prejuicio muy generalizado, aseguran observadores agudos y desapasionados que los pueblos de los campos, los aldeanos, campesinos, llaneros, etc., se diferencian entre sí menos que el pueblo bajo de las ciudades, que un labriego castellano y un *peasant* inglés ó un *paysan* francés se parecen más que el chulo de Madrid, el *cockney* de Londres y el obrero parisiense. Lo que distingue á dos pueblos son sus grandes ciudades, y en torno á una gran ciu-

dad es como, ante todo y sobre todo, se forma una patria.

El patriotismo nacional es civil, es un sentimiento de origen ciudadano. Y no se olvide que civilización deriva de *civis*, de donde deriva también ciudad, *civitas*.

En la citada obra del Sr. Gil Fortoul puede verse cómo el elemento más activo en la separación de Venezuela de la gran Colombia fué Caracas, la ciudad, donde se formó un partido «descontento de ver la capital en Bogotá y adversario de la forma centralista de la constitución de Cúcuta» (pág. 390). A lo que hace observar el autor (pág. 394): «Obsérvese que este espíritu de independencia de la municipalidad de Caracas, imitado después por otras, revela que renacía bajo la república la tradición de los ayuntamientos españoles... Ulteriormente veremos que la vida política regional tiende á concentrarse en la capital de la provincia ó estado, ó más bien en su gobernador ó presidente; de tal suerte que el régimen federativo, según el concepto especialísimo que de él se forman los pueblos sudamericanos (lo mismo Venezuela que Nueva Granada, y Méjico y la República Argentina), contribuye al fin á substituir la autonomía municipal con un vigoroso y tenaz centralismo en el gobierno regional.» Sigue narrando los sucesos y mostrándonos cómo la opinión de la clase oligárquica, porque el pueblo era pasivo, sólo se preocupaba de lograr la autonomía de la antigua capitanía general, llegando la municipalidad de Caracas, en 2 de Oc-

tubre de 1826, á convertirse en verdadero parlamento político.

Sigue contándonos cómo el partido revolucionario de Caracas y Valencia estaba resuelto á no cejar en su empeño de dividir la república, y en la página 414 llega al fondo del problema con estas palabras: «Apenas había ley de la república que se cumpliese eficazmente en Venezuela; y puede afirmarse que á este respecto, su unión con Nueva Granada fué más bien motivo de atraso que de progreso. La universidad de Caracas y las escuelas—no obstante la protección que Bolívar quiso dispensarles á las últimas cuando desde el Perú subvencionó á Lancaster para plantear aquí su sistema de educación—vivían de un modo precario, por la irregularidad con que se pagaban los sueldos de los profesores y porque los fondos de que podía disponer Colombia para fomentar la instrucción científica se empleaban casi todos en los institutos de Colombia» Y en otro pasaje dice el señor Gil Fortoul, hablando de Bolívar: «Quiso tornarse árbitro de los destinos de la América española, y fracasó en su empresa de juntar en un haz político países separados por distancias inmensas, sin caminos, casi desiertos.» Y aquí, en esto de las distancias inmensas, de la falta de caminos y de los desiertos, aquí estriba el peso todo del problema. Los caminos son tan necesarios á la unidad de una nación como las venas y las arterias al cuerpo humano.

Sarmiento, en su «Facundo», libro lleno de vislumbres, dijo que el mal de la República Argenti-

na era su extensión, pero esto dicho así, en seco, necesita ser aclarado. Porque extensos son los Estados Unidos. El mal de la Argentina en tiempo de Sarmiento era más que su extensión, lo poco poblada de ésta y la dificultad y largura de las comunicaciones. Cuando las comunicaciones de los distintos lugares de una nación con su capital, con la residencia del gobierno, son difíciles, la vida nacional se hace difícil también. Y he aquí la conclusión á que quería llegar, y, es que uno de los factores capitales en la formación de las nacionalidades americanas fué la esfera de acción de las grandes ciudades. Toda región ó territorio cuya ciudad capital tuviera que depender para su vida económica y social de otra capital colocada en mejores condiciones, tenía que ser región ó territorio dependiente. Y de aquí, el que yo crea, concretándome para ejemplificar mi aserto al caso de la Argentina y el Uruguay, que el haberse hecho la Banda Oriental una nación independiente se debe más que á Artigas ó Lavalleja y á los Treinta y Tres, y más que á ser ella subtropical y atlántica, á Montevideo. Montevideo hizo el Uruguay, porque Montevideo, con su puerto en el Atlántico y á la boca del Plata, no dependía para su vida económica y social de Buenos Aires. Por el puerto de Montevideo podían y pueden entrar y salir mercancías de toda clase sin tener que pasar por Buenos Aires. Y reconociendo el valor de otros factores — en algunos casos grandísimo — puede decirse que Buenos Aires hizo la Argentina, Montevideo el Uruguay, Valparaíso y Santiago Chile,

Lima el Perú, Bogotá Colombia, Caracas Venezuela, Guayaquil el Ecuador, etc.

¿De qué proviene aquí, en España, la fuerza del regionalismo catalán, lindero á las veces con el separatismo, sino de que Barcelona tiene más vida propia que Madrid, más población y verdadera independencia económica?

Si las ciudades del interior de la República Argentina no hubiesen necesitado del puerto de Buenos Aires para su más perfecta vida económica, tal vez hubiésemos tenido alguna ó algunas repúblicas más, y Güemes, López ú otros habrían hecho lo que hizo Artigas. Obsérvese que las naciones americanas se formaron casi todas, á lo largo de las costas, supeditadas á algún puerto, excepto cuando un vasto «hinterland» les permitía crearse una capital interior, ó cuando su vida era muy sencilla, muy «robinsoniana», como sucedía con el Paraguay.

La influencia de las grandes ciudades en la formación y cimentación de las nacionalidades es decisiva. Una vez más he de repetir que el patriotismo es ante todo ciudadano. Y hasta en el caso de un Rosas, que puede á primera vista parecer un símbolo de la campiña y un representante de los rurales, hay que ver que era un ciudadano de origen y que asentando su dictadura en la ciudad, asentó, de hecho, la dictadura de la ciudad. Y cuanto más una capital se diferencia de otra capital, más se diferencian dos naciones. Los ayuntamientos de dos capitales pueden hacer por la inteligencia cordial de dos naciones tanto,

por lo menos, como sus gobiernos respectivos.

En el libro mismo que suscita estas líneas se dice que la «municipalidad» de Quito envió á Bolívar al Perú, en Julio de 1826, comisionados con instrucciones reservadas contra la constitución de Cúcuta y la unión con Colombia; y el 28 de Agosto el pueblo de Guayaquil reasume su soberanía y entrega su suerte á Bolívar. Es decir, que así como Caracas hizo Venezuela, Quito y Guayaquil, su puerto, hicieron el Ecuador.

Y hay más, y es que si las grandes ciudades—grandes relativamente—con vida independiente hicieron las naciones americanas, el no ser lo bastante grandes y el haber entre aquéllas otras que les estaban supeditadas en mayor ó menor grado no pocas con cierta vida propia y radio de acción propio también, fué lo que produjo aquel especialísimo federalismo sudamericano de que tanto se ha disertado y sobre el cual un folleto publicado en Caracas ya en 1828, decía: «¿Por qué delirio quieren algunos extinguir el gobierno central de la nación, para multiplicar este mismo sistema «unitario», según la denominación de moda, en diversos puntos de la república?... La federación vendría á ser el mismo centralismo, no sólo respecto de la nación con los estados, sino de éstos con las provincias, ciudades ó pueblos que los compongan... Podríamos llevar hasta el infinito la multiplicación del gobierno central, y jamás llegaría á realizarse la federación.» A lo que añade el señor Gil Fortoul, como comentario, que en ese párrafo se prevé el sistema que adoptaría Ve-

nezuela en 1864: «Federalismo en la constitución y centralismo en la práctica». O sea una descentralización del unitarismo, que es á lo que viene á reducirse el federalismo hispanoamericano, hijo del español.

Las ciudades han hecho las patrias. Hablaba como un sabio, creo, Mosquera, cuando en la sesión del 21 de Abril de la convención de Ocaña, en 1822, contesta á Santander que hablaba de que la diversidad de climas y costumbres se oponía al centralismo, diciéndole que la diversidad de costumbres es pura imaginación, que en América, de Méjico á Buenos Aires, todo es igual, hasta los resabios (v. pág. 429). Podrá haber en esto más ó menos hipérbole, pero en el fondo lo creo exacto.

Aquí, en España, ponderamos las diferencias de carácter, costumbres y modo de ser que separa á unas regiones de otras, y, sin embargo, los extranjeros declaran que no las ven tan marcadas como nosotros las vemos. Y ahí pasará algo parecido entre las distintas naciones. Y eso que ahí todas hablan en castellano, y en un castellano, pese á argucias, muy uniforme, mientras aquí subsisten el vascuence, el catalán y el gallego. Como que por fuerza han de ser más uniformes pueblos formados por la mezcla de los mismos elementos. Claro está que la influencia de la sangre negra dará un tono especial á ciertas naciones en que abundaron los esclavos africanos y que las diferencias entre los diversos elementos indígenas influirán algo, pero estos factores creo sean de menos peso que se les supone.

En esas naciones en formación, el elemento caracterizador y diferenciador tiene que ser la ciudad. Y á la ciudad, se me dirá, ¿qué la diferencia? Esto merece ya capítulo aparte. Y antes de ponerme á tratar de ello he de recomendar á mis lectores que sepan el inglés, la lectura del ensayo de W. James, el gran pensador norteamericano, sobre los grandes hombres y su ambiente — «The great men and its environment» — ensayo publicado en el libro que lleva por título: *The will to believe and other essays*.

Y antes de terminar he de advertir á alguno de mis lectores que no soy un tan hombre de libros como él se figura, que no he vivido mi vida toda metido en Salamanca—de donde no soy—, que he corrido un poquito el mundo, y que el ir á Madrid y meterme en eso que llaman la vida—no sé por qué—sospecho no habría de acrecentar mi experiencia ni hacerme variar de puntos de vista esenciales. Y, por último, que al llamar buen hombre al gran Sarmiento—á quien pocos han hecho más justicia que yo—arguye que mi admiración á su genio no empece mi cariño al hombre, tal como á través de sus escritos se revela. Y es por lo que empleé esa frase que suena cariñosa y familiar.

«LA EPOPEYA DE ARTIGAS»

«La Epopeya de Artigas; Historia de los tiempos heroicos del Uruguay»; así se titula esta última y tal vez la más hermosa obra de Zorrilla de San Martín, que me ha acompañado en estas últimas noches de este crudo invierno. Al amor de la camilla, y alternándola con el viejo Herodoto, la he leído.

Epopeya... y así es, una epopeya, un poema épico en prosa, pero en prosa poética. Como tal poema hemos de considerarla primeramente, para dejar al examen de subsiguientes artículos sus aspectos más genuinamente históricos y sociológicos, su doctrina sobre la lucha de la democracia artiguista contra el patriciado unitario porteño, y su doctrina sobre el origen y justificación de la patria oriental que es toda una doctrina sobre las patrias en general.

Como epopeya, como obra de poesía y arte ante todo, ya que para guiar fantasías y manos de artistas fué principalmente escrita y á los artitas está dedicada.

Al frente de la obra figura un decreto del presi-